



Universidad de la República
Facultad de Psicología
Trabajo Final de Grado

Motivos de consulta adolescente: *Reflexión para el abordaje clínico.*



Patricio Ismael Flores Crampet
C.I. 4.099.431-0

Modalidad de trabajo: Monografía
Tutora: Asist. Mag. Sandra Sena
Revisor: Prof. Adj. Mag. Evelina Kahan
Montevideo, 28 de Febrero de 2020

Índice

Resumen.....	2
1. Introducción	3
2. Adolescencia.....	4
2.1 ¿Quién soy?.....	4
2.2 Contexto actual.....	12
3. ¿Por qué consultan los adolescentes?	16
3.1 Construir en la clínica.....	16
3.2 Conductas de riesgo.....	22
4. Abordaje clínico: posibilidades de intervención.....	26
5. Consideraciones finales.....	34
Referencias bibliográficas.....	38

Resumen

El presente es un trabajo monográfico cuyo propósito es dar cuenta de la complejidad que implica el trabajo con adolescentes a la hora de la reflexión y la puesta en práctica en la clínica.

La adolescencia representa una etapa de transición clave en la vida de los individuos. Conocer sus particularidades posibilita en parte advertir los conflictos a nivel psíquico, afectivo y relacional que conllevan a diferentes motivos por los cuales se consulta.

En principio se abordarán las características propias de la adolescencia, y de qué forma inciden estas a la hora de pensar en la intervención psicológica, así como también la implicancia en la producción de subjetividad para los individuos. Cómo se dan los cambios según el momento y el contexto histórico, es un punto relevante que aporta en este sentido. La multiplicidad de factores que comprenden la adolescencia como tal, plantean diferentes interrogantes con relación a cómo son los comportamientos durante esta etapa evolutiva en cuestión, el aspecto central que significa la búsqueda de la propia identidad, el entramado y la dimensión familiar, y a raíz de ello las posibilidades y particularidades de la intervención psicológica.

A modo de cierre se reflexiona sobre el abordaje clínico con los adolescentes, los motivos de consulta refieren a procesos y cambios acaecidos que podrían ser causa de sufrimiento durante la adolescencia. Esto confirma lo complejo de la práctica clínica en sí, y el desafío que ésta representa.

Palabras clave: Adolescencia - Consulta adolescente - Abordaje clínico.

1.Introducción

El propósito del siguiente trabajo monográfico es realizar una exposición y a su vez integración de conceptos relacionados a los motivos por los cuales los adolescentes llegan a la consulta psicológica, desde una mirada clínica y enfatizando el rol del Psicólogo.

El interés sobre los motivos de consulta en adolescentes en la clínica psicológica surge por iniciativa personal a través de las experiencias adquiridas en las prácticas de Grado en la Facultad de Psicología, éstas fueron Intervención en la Adolescencia y Atención Psicológica en niños y adolescentes, año 2017 y 2019 respectivamente. Allí se realizaron intervenciones clínicas con plazos previamente establecidos con el/la consultante adolescente y se mantuvieron entrevistas con los adultos referentes durante el proceso. Estas experiencias dieron cuenta de la complejidad del proceso de intervención con los adolescentes y sus familias, a su vez que fueron esbozo de reflexiones y preguntas respecto del abordaje clínico.

La principal inquietud y como hipótesis central para el trabajo se plantea que la adolescencia representa momentos de cambios y transformaciones que durante su desarrollo, implican una complejidad en cuanto a la producción de subjetividad y el establecimiento de una propia identidad en el adolescente. Por tanto, indagar y conocer los posibles motivos de consulta relacionados a la clínica posibilitará analizar un abordaje que desde la práctica, conlleva a una constante exigencia debido a tales características.

Para dar respuesta a dicho propósito será necesario ahondar en una bibliografía que dé cuenta de los numerosos factores implicados. En este sentido exponer-reflexionar sobre los planteos de diversos autores y sus respectivas teorías ya sea, en algunos casos más clásicas y otras más contemporáneas, permitirá lograr una mayor comprensión y aportes integrales de la temática

Se comenzará por problematizar y abordar la adolescencia y sus características, desde la complejidad que requiere como etapa evolutiva que vincula tanto lo biológico y lo social, como lo psíquico.

Luego se hace necesario considerar al adolescente en el contexto actual, hipermoderno caracterizado por avances tecnológicos significativos que obligan a pensar esta etapa vital desde diferentes conceptualizaciones y nuevos paradigmas. Además, la importancia que adquiere la dimensión familiar así como el rol de ésta, será motivo de análisis para el desarrollo del presente trabajo.

Las consideraciones finales facilitarán por un lado poder dimensionar la complejidad en cuanto a la práctica clínica en sí con adolescentes. A su vez, se cuestionan allí ciertos aspectos con relación a tiempos pasados y presentes, lo que encauza a diferentes planteos e interrogantes acerca de las sociedades como generadoras de diferentes adolescencias en el futuro. Se plantea que la Adolescencia en tanto objeto de estudio, se presenta hoy día como un actor fundamental dentro de la sociedad. Es por ello que se repara en la investigación permanente de los fenómenos que la conforman, y es oportuno considerar el rol del Psicólogo en base a la responsabilidad que corresponde en este sentido.

2. Adolescencia

2.1 ¿Quién soy?

Considerando la gran cantidad de información y producción que existe en relación a la temática y que en muchos casos la contextualiza desde diferentes lugares y perspectivas, lo que hace aún más diversa su conceptualización, como punto de partida es oportuno citar el concepto de adolescencia según la OMS (2019), el cual define la adolescencia como:

El periodo de crecimiento y desarrollo humano que se produce después de la niñez y antes de la edad adulta, entre los 10 y los 19 años. Se trata de una de las etapas de transición más importantes en la vida del ser humano, que se caracteriza por un ritmo acelerado de crecimiento y de cambios. Esta fase de crecimiento y desarrollo viene condicionada por diversos procesos biológicos. El comienzo de la pubertad marca el pasaje de la niñez a la adolescencia (p.1).

Cuando se hace referencia a la adolescencia como una etapa evolutiva trascendental en la vida de los sujetos, se pretende dar cuenta de la complejidad en los procesos relacionados a la búsqueda de identidad y la continua resignificación de ciertas vivencias. Al decir de Le Breton (2012) el joven es autor de su existencia; aunque encuentre y dialogue sobre

respuestas de sus padres o abuelos es él mismo quien las reelaborará según su propia vivencia. Las referencias sociales y culturales son las que el joven elige, y no las que ya están dispuestas en su vida por tradición familiar.

Este postulado señala que a través de la interacción con sus pares y la identificación con ciertos grupos de referencia e influyentes (música, arte, religión) comienza la elaboración de una identidad propia, o por lo menos el intento de esta.

En relación a esto, Le Breton (2012) sostiene que en la medida que se logra dicha interacción con estos grupos fuera de la dimensión familiar, van formando bases narcisistas que permitirán la confianza necesaria y serán el soporte para lograr el proceso de separación respecto de la familia. También serán importantes a la hora de proceder con un criterio personal frente a su accionar. Al decir del autor:

La adolescencia es una larga fase de incertidumbre entre la infancia y la edad de ser hombre o mujer, una crisis de identidad más o menos aguda y duradera durante la cual el joven está muy sensible a lo que ocurre en su entorno (p.14).

Dicho enunciado pone de manifiesto la complejidad de la relación entre el ahora joven, que “pierde” su infancia, y su entorno más cercano: la familia. Durante todo el proceso que abarca la adolescencia, la dimensión familiar adquiere gran importancia. En cuanto a la relación y a la “separación” con los referentes adultos, existe un proceso de construcción-deconstrucción del vínculo del adolescente con sus padres así como un distanciamiento de la palabra del adulto que se refleja en la construcción de un lenguaje propio. La producción verbal del adolescente se enmarca en un incierto pasaje entre el repetir la palabra de los padres y la tentación de lograr una nueva producción en este sentido. Hornstein (2008) señala al respecto que el diálogo con los adultos referentes ya no mantiene tanta fluidez, el joven pondrá especial atención en las contradicciones internas de sus padres.

La adolescencia se presenta entonces como una etapa que de alguna forma derrumba la credulidad de la niñez. Para Viñar (2009) hay un desprendimiento de la identificación con los padres, lo que es un proceso necesario y saludable, aunque conlleva sufrimiento, rebeldía, actos desafiantes, en fin, factores que pueden ser de riesgo para el adolescente y son las diferentes maneras en las cuales se expresan.

Por su lado, Kancyper (2007) plantea que la adolescencia es el momento más importante y más dramático en la vida de un sujeto. Se presenta un fuerte impacto psíquico como lo es la confrontación generacional y fraterna, siendo estos elementos característicos en la vida de los adolescentes y que alteran el ámbito intrafamiliar. Es un momento tormentoso, con un

desequilibrio si se quiere “normal” y necesario. Estos movimientos tienen que ver con una característica de la propia etapa adolescente: el crecer. A decir de Zermoglio (2013) “la adolescencia es una etapa de la vida en la cual se crece” (p.9).

Este proceso del crecer origina el momento en que la mirada de los otros se posa sobre el adolescente con expectativas más precisas. El ¿quién soy? ¿Para quién?, el proceso adolescente es vivenciado como un antes y un después, un segundo “nacimiento” en el mundo social. Implica momentos depresivos inevitables y en cierta medida esperables, vinculados a la dificultad de las transformaciones y pérdida de los privilegios disfrutables de la infancia.

Es necesario para el adolescente vivenciar todos estos cambios y a su vez incorporar las experiencias que le permitan insertarse dentro de la sociedad, el intercambio con los pares, lograr la autonomía necesaria que genere confianza y autoestima la hora de la toma de decisiones por sí mismo. Esto implica que la adolescencia sea “un trabajo de transformación o proceso de expansión y crecimiento, de germinación y creatividad, que –como cualquier proceso viviente- tiene logros y fracasos”. (Viñar, 2009, p.15).

Cuando el joven experimenta las primeras toma de decisiones de forma autónoma, existe entonces un momento de tensión allí, propio de una presión ejercida hacia él mismo en cuanto al cuestionamiento de si la opción elegida sea la correcta, y también una presión desde el afuera, en el sentido de lo que se imagina que los otros perciben de él. De alguna manera aparece la pregunta que durante el proceso adolescente reaparecerá de forma permanente ante los momentos en donde se confronte la dificultad de elegir. Entonces surge nuevamente: ¿Quién soy? ¿Para quién? Son estas interrogantes las que acompañan al desarrollo del individuo en busca de respuestas que lo acerquen a encontrar un sentido de existencia, una propia identidad que le permita el relacionamiento con el mundo en que vive. La adolescencia es el momento en donde la influencia de los pares es de gran importancia. Implica la posibilidad de poder trasladar esa atracción del adolescente por el mundo adulto y parental, hacia su grupo de pertenencia.

De alguna forma se identifica y su comportamiento se rige en muchos de los casos, por imitación, por repetición. Ello implica por ejemplo los actos en masa, considerando a estos como comportamientos que se rigen por una idea establecida y en donde la inhibición que frecuentemente se manifiesta a la hora de actuar en forma solitaria, disminuye considerablemente. Es así que el relacionamiento con los pares durante la adolescencia marca un punto de inflexión en la vida de las personas. A la vez que el adolescente se encuentra en plena búsqueda de su identidad, la identificación con sus pares es factible y es el comportamiento en “masa” lo que conduce al desafío de poder generar pensamiento

propio. He aquí un factor determinante en la conformación de la propia identidad, ya que de esta forma se sostiene el proceso de alejarse de lo conocido, de la familia.

Viñar (2009) relaciona directamente a la adolescencia con la sociedad y la cultura a través de los llamados particularismos identitarios, los que articulan los objetos del mundo circundante con objetos del deseo, de esta forma se introducen pasiones que implican adhesiones vinculadas a la política, la religión, la música, etc.

Es decir, a la hora de atravesar por el período de la adolescencia los sujetos son determinados por la sociedad en la que viven. Esto será una condición en la medida que, se vinculen e interactúen los elementos intrapsíquicos, intersubjetivos y transubjetivos durante el proceso adolescente, aflorando la posibilidad de expansión y crecimiento lo cual directamente influye en la producción de subjetividad en relación con el medio. Este punto de vista holístico si se quiere, guarda relación con la forma en la que hoy en día vemos el relacionamiento de los sujetos con su entorno.

El adolescente puede encontrarse con el quiebre de las tradiciones, la crisis de las instituciones, la estandarización del trabajo. Al decir de Le Breton (2012), estos hechos no necesariamente representan para el joven elementos de sufrimiento social o individual, por el contrario, pueden ser fuente de renovación, una oportunidad para la creatividad.

Por otra parte, Viñar (2009) considera el adolecer como un proceso de interacción entre factores culturales y psicológicos que acompañan los cambios hormonales propios de la edad y producen adolescencias que se forman y pertenecen a distintos tiempos y lugares. Un factor central de la adolescencia es la sexualidad y los cambios vinculados al cuerpo. A su vez se “corta” de manera simbólica las ataduras con los padres. Se busca la experimentación y la formación de identidad sexual. Hay un descubrimiento del cuerpo propio y a su vez del intercambio con otro cuerpo.

Al respecto, Le Breton (2012) plantea que en la adolescencia se da un cambio que genera temor en los jóvenes: el pasaje desde la sexualidad infantil hacia la sexualidad adulta. Frente a dicho temor hay una regresión hacia una fase anterior en forma de defensa, este acontecimiento genera una crisis en el sentimiento de identidad.

A su vez dicho autor indica que el cuerpo toma un lugar de objeto en transición hacia la edad adulta. Este aspecto es bien interesante, ya que el joven se encuentra en un momento donde las bases de sus sentimientos, la búsqueda de identidad y la confrontación, lo coloca en un lugar frágil y vulnerable frente a la toma de decisiones y el mundo que lo rodea.

Frente a los momentos de incertidumbre y de angustia vividos, el cuerpo cobra un lugar importante a través de los cambios corporales y sexuales. El joven lo vive como propio y único, lo valora en ese sentido. Pero a su vez se muestra desconforme con él, esta imagen

repulsiva del cuerpo lleva a sentimientos de odio. En este punto cobra importancia la influencia de los estereotipos sociales y las identificaciones desde ese lugar que el adolescente en ocasiones persigue, ejemplo de ello podría ser el físico de tal figura mediática, o las transformaciones en el cuerpo por parte de un ídolo, etc. Estos aspectos forman parte de la ambivalencia entre el mundo interior y exterior. Si el joven controla su cuerpo de alguna manera cree controlar situaciones. A su vez su cuerpo es uno de los medios con el cual se relaciona con los otros. Es un factor fundamental a la hora de un acto, entre tener el control y a su vez estar expuesto al mundo circundante plagado de otros cuerpos.

La imagen corporal es un factor recurrente en los jóvenes. Al respecto (Viñar, 2009, p.25) plantea que “el cuerpo es espejo revelador de la autoestima”. La concepción de un nuevo cuerpo y la irrupción de la sexualidad, son acontecimientos determinantes para la autoestima en los jóvenes. A través de la imagen corporal, de la precocidad en el desarrollo, es que naturalmente la comparación con sus pares surge para determinar un estándar en cuanto a la estética. Un cuerpo “normal” o por el contrario “raro”, se divide lo lindo de lo feo. Estas razones son las que de alguna forma podrían configurar una disminución de la autoestima a través del sentimiento de rechazo, o por el contrario la aceptación entre los jóvenes será causa del aumento de confianza.

Los cambios corporales son notorios y al igual que los procesos psíquicos en esta etapa, se producen en un ritmo acelerado. Estas transformaciones traen consigo desde lo biológico, un nuevo cuerpo. En el caso puntual de las adolescentes, el inicio del desarrollo a través de la menarca es un punto crucial en la pubertad. Representa el final de una etapa infantil, para dar comienzo por lo menos desde el imaginario, a la concepción de mujer. En el caso de los adolescentes el desarrollo de los genitales es sinónimo de fertilidad, de alguna forma representa el hecho de dejar de lado al niño para convertirse en adulto. Estos cambios y transformaciones de ambos sexos, generan un conflicto en los adolescentes. Por un lado el impulso desde lo corporal alienta a un estado de autonomía, de independencia y rebelión frente a los referentes familiares. Y por otro lado, el enigma frente a lo nuevo y el sentimiento de pérdida en cuanto a una protección que estaba presente mientras se “fue” niño.

Una concepción interesante sobre adolescencia es la que plantean Aberastury y Knobel (1985):

Etapas de la vida durante la cual el individuo busca establecer su identidad adulta, apoyándose en las primeras relaciones objetales parentales internalizadas y verificando la realidad que el medio social le ofrece, mediante el uso de los elementos biofísicos en desarrollo a su disposición y que a su vez tienden a la

estabilidad de la personalidad en un plano genital, lo que solo es posible si se hace el duelo por la identidad infantil (p. 39).

Esta idea de relaciones objetales y cierta estabilidad desde el plano genital, invita a pensar en términos de pulsión sexual como algo más general y la libido sexual más en lo específico. En épocas más actuales, las cuestiones vinculadas a la sexualidad si bien continúan siendo un factor relevante y una línea de análisis en la vida de los adolescentes, debemos tener en cuenta el contexto social en donde la sexualidad se integra a la vida de los jóvenes.

Al respecto, Zermoglio (2013) refiere a la incidencia que tiene el ambiente en la producción y organización de la subjetividad, ya que el sujeto guarda una relación de dependencia con el contexto en donde vive.

Es el cuerpo entonces un puente de unión entre un cuerpo infantil que es de los padres, y un cuerpo reconocido como propio y como medio en la intensa búsqueda de identidad y de un lugar dentro de la sociedad. Referente a esto último, Le Breton (2012) indica que las conductas durante la adolescencia corresponden a una búsqueda de identidad, en donde se busca la confrontación, donde faltan los límites de sentido. Lo que trata entonces el joven es fijar sus puntos de referencia.

Continuando con las complejidades que se encuentran en el mundo adolescente, se observa que una de las causas de estas radica en la dinámica que representa dicho proceso. La contraposición de algunos aspectos característicos también evidencian la complejidad en esta etapa de la vida: movimientos narcisistas entre las dimensiones intrasubjetiva e intersubjetiva, las relaciones de dominio entre padres e hijos y entre hermanos, el encuentro del objeto genital exogámico, la elección vocacional propia, la recomposición de los vínculos sociales y económicos. Todos estos aspectos se dan dentro de lo que representa tal vez la particularidad más importante durante esta etapa: la resignificación.

Respecto a dicho concepto, Kancyper (2007) plantea que es a través de este que el adolescente le da otro sentido a lo que hasta entonces se presentaba con un solo nombre y una única forma. Los nuevos conceptos y nuevas vivencias generan un doble movimiento en donde por un lado, se encuentra en un punto de llegada a través de la resignificación en algunos elementos traumáticos que se presentaban de forma latente en tiempos anteriores y ahora adquieren un sentido. Y por otro lado, un punto de partida hacia nuevas significaciones que permitan tanto la reflexión como la iniciativa en la búsqueda de la propia identidad y cambios en su personalidad. Esto significa un nuevo orden identificador en el yo, en el superyó y el ideal del yo.

A su vez, otro de los aspectos centrales durante la adolescencia es el momento de decisión en cuanto a un futuro, un proyecto de vida. Prueba de ello es que aparecen dilemas vocacionales, la búsqueda de una singularidad y un estilo, como elementos primordiales a la hora pensar-se para el joven. Al decir de Viñar (2009, p.29) “tal vez este proceso se reitere y reformule miles de veces a lo largo de la vida, pero esta será la experiencia de la primera vez”. Esta primera experiencia entonces será sinónimo de caos y movimiento psíquico, justamente por dichas características que se presentan de una forma dinámica. Por tanto, también representa un desafío para reconocer la singularidad y lo diverso, en donde los jóvenes experimentan logros y fracasos, que se relacionan con las exigencias del medio sociocultural al cual pertenecen.

Donald Metzler (1967) realizó aportes importantes para comprender los aspectos y procesos que caracterizan a la adolescencia como etapa evolutiva y al adolescente como sujeto protagonista de ella. Este autor entiende la adolescencia como un estado mental en donde la estructura latente o inconsciente se derrumba y existe como consecuencia una división, fragmentación en la subjetividad del joven que también lo coloca en la compleja situación de la separación de los objetos.

Durante el desarrollo de la adolescencia se ponen en juego aspectos que son centrales en la vida psíquica de cualquier sujeto, como son lo inconsciente y lo consciente, y los sentimientos de ambivalencia. A propósito, Hornstein (2008) plantea que los jóvenes vivencian fuertes emociones contradictorias como por ejemplo la certeza y la incertidumbre, las fortalezas y debilidades, así como también la ternura y el odio, entre otras. En la medida que va concluyendo la adolescencia, estas sensaciones disminuyen en cuanto a la intensidad, y se viven de una forma más consciente por el hecho de que ya existe un recorrido en cuanto a la consolidación de la identidad del adolescente, se reconoce a sí mismo, tiene un propio estilo y manera de accionar ante los otros. Con relación a este punto, plantea que:

La adolescencia entrama el cuerpo, lo psíquico y lo social. Es un complejo que resignifica la historia, la sexualidad, el narcisismo, las pulsiones, las relaciones, el armado identificadorio y autoorganiza la subjetividad. El protagonismo corporal de la pubertad impone un trabajo de simbolización inédito en busca de opciones para relacionarse con los otros, con el entorno y con lo que el imaginario social propone, preludio de la inscripción del joven en el espacio social ampliado (p.119).

Lo anteriormente expuesto refleja la importancia y complejidad que significa la adolescencia. El joven vivencia esta etapa como conflictiva, producto de los cambios veloces que se van dando. A la vez la adolescencia representa la oportunidad de salir al mundo, vivir

experiencias, conocer y adueñarse de herramientas propias en procura de generar una identidad que le permita encontrar un sentido de existencia así como lograr el relacionamiento necesario con el mundo circundante.

En esta búsqueda de autenticidad, se anteponen dichas dificultades que hasta el momento eran desconocidas para los sujetos que vivencian dicha etapa evolutiva. Esto conlleva a una pérdida de sí mismo que luego deberá reecontrarse a través muchas veces de la resignificación. Y como se manifiesta líneas arriba, el camino peligroso también brinda posibilidades para la producción de subjetividad del joven. Así es que Hornstein (2008) considera a las interrogantes, a la verdad y el hecho de admitir la muerte como factores importantes, los cuales deben ser afrontados y comprendidos para luego sí, ser incorporados a la vida.

Todas estas vivencias llevan a reflexionar sobre su existencia dentro del entorno que lo rodea, así como en el resto del mundo. En ese momento es cuando el adolescente se posiciona de otra forma a cuando era un niño, esto conlleva a cierta sensación de desamparo en relación a sus figuras parentales con las cuales confronta buscando una “independencia” aparente que le permita consolidarse desde la identidad propia.

Siguiendo con los planteos de Hornstein (2008) en relación al estudio e investigación de la adolescencia como un fenómeno trascendental, se considera a los inicios de las obras Freudianas como un punto de partida para dar a conocer una oposición destacada dentro de esta: la naturaleza y la cultura.

Dicha posición cobra un papel fundamental a la hora de pensar la adolescencia.

En un principio permite pensar lo natural en un sentido más primario y pulsional si se quiere, en contradicción con una norma social, refiriendo a uno de los elementos que conforman lo cultural. Este aspecto en la etapa adolescente implica que, a la vez que se da una iniciación y un pasaje al acto tan característico en el joven justamente desde lo pulsional, deberá descubrirse a sí mismo y descubrir a los demás en el mundo que lo rodea, regularizado en algún punto por la cultura. Estas paradojas a su vez, encierran en cierto punto una oportunidad en el joven. La posibilidad de transformar algo a través de su accionar, transformar un aspecto cultural tal vez, siempre y cuando esto sea aceptado en cierto punto por la sociedad en la cual esté inserto.

Para que el adolescente pueda ser un propulsor de transformaciones y cambios a nivel social y cultural, la autora -citada líneas arriba- señala que necesariamente tendrá que realizar un camino de consolidación en cuanto a su propia identidad. Por eso, no debería considerarse a la adolescencia solamente como crisis.

A través de estos planteos, es interesante reflexionar cuáles aspectos han influido para que la adolescencia como etapa evolutiva y vital pase de no ser casi tomada en cuenta desde la ciencia y la investigación, a ser vivida como un proceso fundamental en la vida de las personas. Una de estas causas puede relacionarse a que, dependiendo del desarrollo intrapsíquico, intersubjetivo y transubjetivo del sujeto, éste puede generar una identidad propia con la cual tenga la posibilidad de ocupar un lugar en el mundo desde donde poder manifestarse, tomar decisiones, ser activo en cuanto a su rol con la sociedad al punto de poder transformarla, desde una determinada dimensión.

Otra de las razones por las cuales la adolescencia se ha transformado en objeto de estudio tiene que ver con que, como etapa del desarrollo representa un momento en donde pueden llegar a gestarse diversos trastornos en el funcionamiento psíquico del sujeto ya sea a nivel de la conciencia y el pensamiento, hasta ciertas patologías crónicas que se estructuran en la vida del sujeto, como es el caso de la esquizofrenia, a través de un inicio precoz justamente durante la etapa adolescente.

2.2 Contexto actual

Exponer un marco de referencia en cuanto a la relación establecida entre la adolescencia y el mundo de hoy, ayudará a la reflexión y entendimiento sobre los diferentes comportamientos y conflictos que atraviesa dicha población actualmente.

Al decir de Obiols y Di Segni (2008), existe un rasgo de la posmodernidad que tiene directa relación con el adolescente actual: el descreimiento en la palabra.

En general, hoy en día hablamos de las generaciones Z como aquellas nacidas desde el año 2000 a la actualidad tratándose de niños y adolescentes cuya comunicación habitual pasa más por las publicaciones en redes sociales que el encuentro (dígase dos o más personas en un mismo lugar) con el otro. Las formas de expresión y las palabras son sustituidas de alguna forma por la vía virtual. Esto supone pensar en que la dificultad para comprender al otro, conectar con él, la falta de empatía, el egoísmo, son elementos estimulados por la falta de comunicación entre las personas, la carencia del encuentro dialógico y la palabra.

Al respecto, sería importante agregar a la cultura como factor regulador si se quiere, en la vida del niño y el joven. Es una realidad que hoy en día el mundo globalizado en el que se vive y la comunicación masiva, hace que los adolescentes accedan a información de todas

partes del mundo y puedan conectarse con diversas culturas, lo que en muchos casos lleva a identificarse con algún referente artístico, o con otros pares de países diferentes y que puedan transmitir la cultura a la cual pertenecen. Propone Le Breton, (2012) que el sujeto contemporáneo se define a través de sus propios referentes, y éstos son los que el joven elige. Establece por decisión propia vínculos con los cuales se reconoce, se identifica y a su vez satisfacen el sentimiento de sí mismo. Por lo cual el sujeto moderno ya no es asignado a un origen o sector, sus raíces están únicamente en la experiencia personal.

Estas cuestiones vinculadas a un nuevo paradigma en cuanto a la comunicación y la tecnología, revela la falta del encuentro personal y en cierto punto de la palabra en sí; dicha afirmación implicaría al menos el cuestionamiento de si existe una carencia en este sentido de las sociedades que viven los niños y adolescentes hoy en día en las diferentes culturas. Este punto se fundamenta en que ya no es tan necesario el encuentro en un lugar público para intercambiar experiencias, ni compartir ciertas costumbres de una misma cultura, sino que la palabra va siendo sustituida por lo virtual, y el conocimiento de otras culturas está al alcance de todos. ¿Qué sucede entonces con relación a este des-encuentro vivido actualmente entre las generaciones adolescentes? ¿No es acaso el vínculo y el intercambio un factor primordial para el desarrollo durante esta etapa?

Para lograr una aproximación a la respuesta de dichas interrogantes, es relevante poner un pie en el lugar que ocupa el adolescente en la sociedad en cuanto a su vínculo social. Actualmente el joven busca su lugar dentro de la sociedad a través de la generación de la propia identidad. Al respecto, Le Breton (2012) señala que ya no es la sociedad la que concede al sujeto la seguridad de que su lugar entre los demás está garantizado, es a él a quien corresponde encontrar su lugar en la sociedad. Entonces tiene que asumir su libertad y ser responsable de su existencia.

Relacionado a los aspectos intersubjetivos, la etapa adolescente es altamente compleja y un desafío constante para el joven y su situación vincular, porque irrumpe un momento de la vida en donde debe encontrar sentido y el valor de su existencia.

Siguiendo con la idea del mundo de hoy, cualquier fijación es peligrosa cuando nos referimos a la identidad. Ésta requiere de flexibilidad ante diferentes circunstancias, fluidez en relación a aspectos del entorno y las ofertas del mercado. Al respecto postula Le Breton (2012), que el sentimiento de identidad se fundamenta en referencias ambientales, entre otras, y no en identificaciones sólidas como antes.

Una de las razones por las cuales es tan complejo asumir una identidad en la adolescencia, es el hecho de que, según Viñar (2009), antiguamente tanto la tradición como la autoridad eran aspectos que pautaban las formas de vivir y relacionarse.

Por su parte, Obiols-Di Segni, (2008), describen las características principales de lo que sería un adolescente de los años 60 y 70, tratándose de una persona en busca de su identidad, que denota inseguridad, y presenta una acentuada rebeldía especialmente dirigida a sus padres, con los cuales entra en un conflicto, produciéndose una crisis: la brecha generacional.

El pasaje de la niñez a la adultez es regulada de cierta forma a través de reglas y normas por las instituciones que rodean la vida de los niños y los adolescentes, desde la familia hasta centros educativos. Hornstein (2008) asume que esta transición siempre implicó lo que se reconoce como “crisis adolescente”, tanto décadas pasadas como en la actualidad. Lo que es necesario es conocer las características del mundo de hoy, en el cual el adolescente debe afrontar esa crisis.

Dentro de las múltiples características, la influencia de los medios de comunicación y la publicidad aparecen como un factor importante. La adolescencia pasa en cierta forma a ser un nicho de mercado, en el sentido de la utilización de los medios en cuanto a la divulgación del joven como una figura “modelo”. Este aspecto genera una estandarización, lo que repercute en la imagen y el cuerpo. Desde la estética se coloca al joven como un modelo de belleza, dejando de alguna forma al adulto totalmente relegado y fuera de “moda”. Hoy en día el cuerpo del adolescente se ha idealizado logrando cierta “perfección” que habrá que mantener en el tiempo. Dicho fenómeno es observable en algunos adultos que procuran mantener una imagen adolescente en la fantasía de no envejecer.

Según Obiols-Di Segni, (2008) en la era posmoderna la vida se caracteriza por comprender sentimientos y emociones “light”, donde se sobrevuela de alguna forma la realidad, y no se dramatiza. Así, los duelos implican una crisis seria, dolor y tristeza, significando un gran esfuerzo psíquico para superarlos.

Llegado a este punto en el desarrollo del presente trabajo, problematizar sobre la incidencia de medicamentos y psicofármacos es un elemento pertinente ya que aporta en gran medida a la temática.

La dependencia a los medicamentos descansa en la búsqueda de una respuesta al sufrimiento o la incertidumbre. A propósito, Le Breton (2012) considera que el individuo renuncia a sus medios internos de resistencia contra la angustia y no asume el esfuerzo psíquico que implica sobrepasar el dolor y la tristeza, o superar una crisis. Tiende así a

volverse pasivo y esperar que los efectos químicos hagan su trabajo. Dicha actitud implica que las sociedades actuales vislumbran la importancia de los medicamentos para controlar el estado de ánimo.

Los psicotrópicos (tranquilizantes, antidepresivos o estimulantes) son muy comunes y de uso frecuente. Una explicación de esta práctica es que los recursos personales de los individuos son solicitados diariamente, en relación al trabajo, problemas familiares, etc. Según el autor citado anteriormente, la problemática radica en la incertidumbre que reina sobre el futuro en esta etapa de descubrimiento sobre uno mismo, así como la confusión en relación a sus referentes, provocando la confrontación. A su vez, la ansiedad y angustia son elementos que también dicen presente al mismo tiempo que el joven está en plena producción personal. Entonces las respuestas a estas problemáticas muchas veces tienden a resolverse de forma individualista, hay una intención de autorreferenciarse en este sentido, a buscar en sí mismo lo que antes se buscaba en el contacto con los demás, en instituciones y en la cultura. Es decir que, estas diferentes actitudes que atraviesan a la mayoría de los adolescentes, son un fenómeno propio de esta época y explican en parte el uso abusivo en cuanto a la medicalización.

El imaginario de los psicotrópicos hace de su consumo un medio simbólicamente eficaz para producir una identidad personal que resulte tranquilizadora, en la búsqueda de un estado psicológico adaptado al momento. Antepone a las circunstancias la pantalla protectora de la medicación del ánimo. (Le Breton, 2012, p.146)

A través de los diferentes aspectos mencionados en cuanto a la era tecnológica actual, las transformación de las instituciones de referencia así como la incidencia de psicofármacos y medicalización, convendría dimensionar que es dentro de este contexto dinámico y acelerado que el proceso adolescente tiene lugar, y en el que la intensa búsqueda de identidad en los jóvenes también se ve trastocada. Es así que se podría explicar en parte la complejidad a la hora de hablar de identidad en los adolescentes. Considerando los cambios notorios durante los últimos 60 años por los que ha atravesado la adolescencia, se plantea que: “se produce así una época en la cual las responsabilidades se postergan mientras se disfruta de comodidades, una prolongación de lo bueno de la infancia con la libertad de los adultos, un estado “casi ideal””. (Obiols- Di Segni, 2008, p.40). Durante la modernidad la adolescencia no era tenida en cuenta como una etapa importante en la vida de la personas, pasando así de ser niño desde un lugar más de contención, a ser adulto y asumir responsabilidades propias de esa etapa. Al decir de los autores:

El niño fue el objeto de investigación y teorización durante muchos años hasta que tardíamente apareció en la escena también el adolescente, el cual, hasta después de

la segunda guerra mundial, no parecía ser un grupo demasiado interesante para los investigadores (Obiols-Di Segni, 2008, p.39).

Hoy día entonces, la adolescencia pasa a ser central tanto para la vida del adolescente así como también tiene un lugar de importancia a nivel social, más allá de la edad. Este aspecto concierne tanto a un nivel intrapsíquico, como intersubjetivo y transubjetivo. Actualmente se presentan nuevos paradigmas sociales, muchos de ellos marcados por la tecnología; la familia dista en muchos casos de tiempos anteriores, donde su conformación se caracterizaba mayormente por relaciones más “estables”, ahora se encuentran nuevas configuraciones familiares, y a su vez los roles no aparecen delimitados y/o establecidos, por lo que no logran ser de referencia para el joven.

3 ¿Por qué consultan los adolescentes?

3.1 Construir en la clínica

“El sujeto se define según cómo se resignifique, es decir, cómo reestructure su biografía para transformarla en su propia historia”. (Kancyper, 2007 p.49)

Cuando se piensa en los motivos por los cuales llegan los adolescentes a la consulta psicológica, no es posible subestimar la etapa evolutiva de alta complejidad con la cual se trabaja. Es por ello, que uno de los elementos centrales a tener en cuenta es justamente la resignificación en cuanto a la biografía del sujeto. Es en esta “mirada hacia atrás” de la propia historia del sujeto, donde los adultos referentes cobran especial importancia. Estos momentos de caos en cuanto a resignificaciones de etapas anteriores, en cierta forma es necesario para poder reordenar aspectos identificatorios y así descubrir el camino para poder acceder a la propia identidad.

Según Viñar (2009):

Las crisis adolescentes suelen coincidir con la típica desilusión de la mitad de la vida que viven sus padres. Tengo la convicción de que la decepción y el desconcierto es el mensaje prevalente que reciben los adolescentes como expresión de un mundo adulto timorato y prescindente (p.35).

Estas palabras invitan a poder pensar y contextualizar la importancia de los padres en relación a los jóvenes. Inicialmente se puede considerar que ésta radica entre otras cosas,

en poder marcar límites de sentido entre lo que es real y la fantasía. Esa distinción es una constante incertidumbre que vive el adolescente, y es un punto en donde si no cuenta con el apoyo y disponibilidad de las personas referentes en su vida, será dificultoso poder “resolver” esta distinción.

Le Breton, (2012) dimensiona una vulnerabilidad que puede desencadenar períodos depresivos característicos de la etapa adolescente, que entorpecen y crean inseguridades a la hora de la búsqueda y conformación de una identidad más sólida.

Para que el joven logre llevar a cabo un proyecto adolescente y un pasaje al mundo adulto, es necesario concluir con el proceso infantil. Por lo que debería haber una nueva elección de objeto, así como consolidarse tanto identificaciones como también mecanismos de defensa. En cuanto a la consolidación identificatoria, se plantea que la transmisión de lo reprimido en los padres, es lo que genera inevitablemente un proceso de resignificación. Esto tiene que ver con que los adultos crían a sus hijos de manera similar a como fueron criados. Es aquí cuando los padres depositan en sus hijos frustraciones de su propia niñez y adolescencia, y no pueden comprender el sufrimiento natural de sus hijos por estar en el proceso adolescente. (Hornstein, 2008).

Citando la idea de Aberastury y Knobel (1985) sobre los duelos, dejar atrás al niño para convertirse en adulto es también una tarea que representa para el adolescente un desafío y una transformación a nivel psíquico y biológico. En primera instancia cambios corporales. Deja el cuerpo infantil presentándose un desarrollo evolutivo que impulsa hacia el cuerpo adulto, y que en general lo vivencia como algo externo, justamente por presentarse de forma contundente y veloz. Luego la pérdida de una identidad infantil, donde su lugar en la familia era principalmente de contención, y en esta transición hacia la adolescencia su identidad será el gran desafío para el joven. No solamente una identidad desde la conformación de su personalidad y la producción de subjetividad, sino también una identidad sexual. Intentará posicionarse desde un lugar determinado dentro de su ámbito social así como también una posición con sus referentes familiares, lo que implicará aceptar responsabilidades que en algunos casos pueden representar angustia para el joven y denotará naturalmente actitudes rebeldes. Sumado a estos factores, es necesario considerar lo que implica el sentimiento de la pérdida de protección de sus padres hacia él, a quienes comienza a ver envejecer a la vez que descubre en ellos debilidades que le permiten una confrontación con el mundo adulto.

La familia representa un factor contenedor a través de la puesta de límites, estableciendo las normas por las cuales él se rige. Pero a la vez que esto sucede, se cuestiona sobre las formas de arraigarse a esas normas a las cuales obedece desde su infancia, y esa imagen

idealizada de los adultos que tuvo desde niño se va desdibujando en la medida que va creciendo. Confronta con el mundo adulto a quien le atribuye cierta inmadurez, y rearma las figuras parentales. De esta forma el adolescente comienza a entrar en el plano de la resignificación. Este es el principio de lo que especialmente caracteriza al joven y su relación con la familia durante este período: los fenómenos de confrontación generacional y rivalidad fraterna.

En este campo dinámico de resignificación y búsqueda de identidad, es que se precipita un gasto anímico y por tanto la inminente elaboración de angustias que no solamente deberá atravesar el adolescente, sino sus padres y hermanos. Al decir de Kancyper (2007), esto es lo que se conoce como confrontación generacional y fraterna, en donde todos los implicados se ven afectados por duelos en sus dimensiones narcisistas y edípicas. A su vez, dicha confrontación tiene razón de ser en algunos casos por el joven tener que afrontar lo que su padre, madre, hermano, nunca pudieron confrontar. Cuando los progenitores no logran salir de su primitivo lugar de hijo o de hermanos, puede llegar a acontecer que el individuo cargue con un duelo por un objeto no resuelto en ellos. Este objeto es inconsciente tanto por parte de los padres como de sus hijos. Es en estas condiciones que tienen lugar las identificaciones alienantes, las cuales podrían llegar a un plano de consciencia en la medida que se lleve a cabo una reconstrucción de la historia en el sujeto, donde nuevamente será vital la resignificación y podrán así adquirir nuevas representaciones.

Cuando se hace referencia a las identificaciones, y en este caso específicamente dentro del ámbito familiar, es relevante pensar en el contexto actual. Existe una tendencia en donde los adultos padres de familia buscan mantenerse jóvenes, y en este sentido se alejan del modelo de referencia de sus padres. Desde esta posición, se podría considerar que en cierta medida actúan con sus hijos de la forma contraria a como ellos consideraron sus propios modelos parentales. Por otro lado, en este intento de distanciarse de las identificaciones familiares también pueden actuar más desde la repetición, en cuanto a pautas de conducta de sus antecesores. Dichos acontecimientos generan en muchos casos que el adolescente de hoy no tenga una imagen lo suficientemente diferenciada en lo generacional (como sí sucedía en épocas anteriores), encontrando en sus padres algunas dudas y conflictos que pueden llegar a ser similares a lo que siente él. Obiols y Di Segni (2008) plantean al respecto, que las modificaciones en cuanto a los modelos identificatorios que los padres ofrecen actualmente, es bien importante para poder explicar las causas de por qué los jóvenes en algunas ocasiones no logran una personalidad estructurada, con un estilo personal que refleje madurez.

El adolescente intentará el encuentro con otros “ajenos” dentro de su marco social, lo que implicará un gasto psíquico, ya que deberá ir reconociendo o no si desde la otredad puede satisfacer de alguna manera la intersubjetividad necesaria para “ser”, en cuanto sujeto en relación con el mundo circundante. A raíz de estos acontecimientos se abren posibilidades: algunos adolescentes buscan desesperadamente casi de modo maníaco establecer contacto con sus pares; otros eligen el encierro depresivo. Cuando un adolescente cursa por este proceso y va construyendo su identidad, ciertas situaciones del contexto socio-cultural pueden interferir en dicha construcción. Hornstein (2008) expone sobre la idea de trauma, refiriendo a ésta como interferencias que pueden manifestarse durante el proceso de construcción de subjetividad. Agrega al respecto que si esas circunstancias no producen una parálisis en la sensación de “yo soy”, no se debería entonces hablar de trauma, porque no es una ruptura de un proceso. Y más aún, estos acontecimientos pueden funcionar como una expansión y oportunidad en los procesos de búsqueda de identidad.

En relación a la idea de un proceso en cuanto a dicha búsqueda, Le Breton (2012) parte de lo conceptualizado por Taylor (1994), quién define la identidad como “un diálogo, en lucha muchas veces con las cosas que nuestros otros proveedores de sentido quieren ver en nosotros, incluso cuando éstos han desaparecido de nuestra vida, la conversación con ellos continúa dentro de nosotros mismos, mientras sigamos viviendo”. (Le Breton, 2012 p.50)

Durante la pubertad, la estructura latente se derrumba y hay una división del self y de los objetos. Dicho proceso genera confusiones típicas de la pubertad: bueno-malo, femenino-masculino, niño-adulto. Como plantea Metzler (1967), a estas dualidades se le suman los cambios físicos notorios, situación que impacta sobre el joven y lleva a vivir su propio cuerpo como ajeno, no lo reconoce debido al cambio vertiginoso. Estas vivencias en el adolescente se dan dentro de una dinámica constante entre por un lado el mundo de los adultos, quienes representan tener el poder. Y por otro lado, el de la infancia dentro del ámbito familiar, ya que los niños en cierta forma están subordinados a estos adultos pero a su vez sienten protección. También dentro de dicha dinámica que vivencia el adolescente, se encuentra el mundo de la relación con sus pares. Descubrirá en cierta forma que el mundo adulto no lo sabe todo -lo que en cierto modo alude a elementos de orden narcisista- afrontará contra él y vivirá una pérdida de la identidad familiar. Este momento es un quiebre a nivel existencial, porque deberá relacionarse con sus pares dentro de su entorno, buscar un lugar en el mundo.

Sobre la identidad en este sentido, hace algunos años el adolescente vivía una intensa búsqueda de ésta. Hoy en día eso ha cambiado. No en el sentido que se renuncie a la propia identidad (de hecho es un factor fundamental) sino en la forma que lo hace.

Prueba de ello es que ya no siente esa presión de tener que responder a ciertos mandatos sociales, en donde por ejemplo deba encontrar su vocación para toda su vida. Sino que experimenta más, se expone a lo nuevo, viviendo mucho más el presente.

Sobre los adolescentes en los procesos terapéuticos, Viñar (2009) señala que hoy en día ya no se trata de síntomas sobre los cuales el paciente pueda hablar, describirlos. Sino que los motivos de consulta son frecuentemente encapsulados bajo títulos como ataque de pánico, problemas adictivos, conductas hostiles, ansiedad. Existe así una falta de asimilación, de reflexión propia, consecuencia del tiempo vivencial actual donde el ritmo acelerado en la vida cotidiana, no genera el espacio necesario para la reflexión y asimilación, y por ende para darle significado a los acontecimientos.

En relación a la llegada a la consulta de los adolescentes, son muchos los casos en donde los padres son quienes llevan al joven al Psicólogo, transmitiendo una preocupación por el bajo rendimiento en el colegio, los inconvenientes en las relaciones familiares o también el relacionamiento entre pares. Hornstein (2008) considera que el consumo de drogas es una problemática frecuente en el mundo actual en que viven los jóvenes. Muchas veces los aspectos más depresivos de la personalidad desencadenan un posible aislamiento que tiene como consecuencia un exceso del consumo, este aspecto podría ser causa frecuente de consulta. Así como también podrían ser los trastornos en la alimentación, que en los últimos años se han presentado como un elemento que tiene que ver con la forma de manifestar una depresión en la vida de los adolescentes.

En cualquiera de estos casos, parecería conveniente en primera instancia mantener cautela en cuanto a no apresurarse y dar por válida cualquiera sea la hipótesis planteada; y luego sí poder realizar un correcto análisis del adolescente y la relación familiar antes de indicar un tipo de tratamiento que a posteriori pueda llegar a ser equivocado. Esta evaluación primera implica entrevistas con el joven para indagar la motivación en relación a llevar a cabo la consulta, así como entrevistas con los padres, quienes en general expresan cierta ansiedad ante las preocupaciones que los aquejan y esto debe ser tenido en cuenta.

Continuando con los planteos de Hornstein (2008) en relación a los motivos de consulta en la clínica actual, considera que ya no predominan tanto los síntomas neuróticos, la inhibición, así como tampoco aspectos relacionados a la represión. Más bien son las dificultades vinculadas a la otredad y el relacionamiento con uno mismo lo que se manifiesta en la clínica. Son notorios los casos de depresión, que muchas veces son un camino hacia comportamientos autodestructivos (conductas adictivas, síntomas obsesivos-compulsivos, mutilaciones del cuerpo así como tentativas de suicidios, entre otros). En este sentido, pacientes borderline son sujetos que muchas veces dan cuenta de su carencia de

interioridad, de la dificultad para estar solos y de la dependencia adictiva; el acto se antepone a la fantasía.

Otro factor que se considera en algunos casos como posible motivo de consulta, es la promiscuidad sexual, sobre todo por el propio desarrollo evolutivo que transita.

A raíz de los diferentes planteos, surge la interrogante: ¿Los cambios relacionados a las diferentes demandas, tienen que ver exclusivamente con los consultantes o también este aspecto tiene que ver con la percepción e interpretación de los Psicólogos? En primer término, la respuesta a dicho cuestionamiento parecería formar parte del constante desafío que representa la dinámica con la que se dan tanto las demandas, como la práctica clínica en sí. Lo conveniente sería considerar que, no se trataría exclusivamente del consultante o del Psicólogo sino de una construcción entre ambos, con roles correctamente delimitados. En este sentido, será necesario considerar que a través de la interacción entre factores culturales, biológicos y psicológicos, las sociedades van produciendo adolescencias que pertenecen a distintos tiempos y lugares, por lo tanto desde esta visión es que existen oportunidades para los cambios en las diferentes demandas. Lo que parece evidente desde el ejercicio profesional, es no desatender los aspectos vinculados con el entorno, así como a la historia del consultante y sus posibles resignificaciones dentro de su contexto.

Visto las diferentes causas por las cuales los adolescentes pueden llegar a la consulta, ya sea en relación a su integración en su mundo de pares o desde el ámbito familiar, es oportuno considerar las complejidades en cuanto a la pérdida y separación vivida por los sujetos, siendo ésta una de las características más importantes durante la etapa. Al respecto, son los duelos en la adolescencia los que de alguna forma irrumpen en la vida e instalan la incertidumbre y sentimientos de inseguridad y miedo. Aberastury y Knobel (1985) sostienen que durante la adolescencia el joven debe atravesar básicamente tres etapas de duelos ante la pérdida de un objeto amado: La negación, es a través de este mecanismo que el joven rechaza la idea de pérdida y lo lleva a un estado de ira. La resignación, de alguna manera la pérdida es admitida y el aparece desde lo afectivo el sentimiento de pena. Y el desapego, donde el adolescente comienza una adaptación que le permitirá vivir sin el objeto. En consecuencia, el apego a nuevos objetos será un importante acontecimiento en la vida del joven. Dichos acontecimientos le permitirán desarrollar las herramientas con las cuales pueda resolver algunas complejidades, y también lograr apropiarse de las experiencias vividas durante el proceso. A la vez, dicha etapa de duelos pueden representar momentos de caos y desorientación en cuanto a su accionar; tener en cuenta este aspecto será fundamental a la hora de poner en práctica las capacidades del Psicólogo en la clínica.

3.2 Conductas de riesgo: el impacto en lo psíquico

A raíz de las características del desarrollo en esta etapa evolutiva y en relación al sufrimiento vivido, se puede deducir que este último tiene como génesis la búsqueda de sentido para el adolescente y de valor de su existencia. Ambos acontecimientos, conllevan un alto costo muchas veces, y como consecuencia se identifican ciertas conductas de riesgo. Ejemplo de ello son las drogas, el riesgo que conlleva el permanente desafío a las autoridades, las conductas hostiles hacia el entorno y consigo mismo.

Ante estos acontecimientos, en algunas ocasiones se ensaya una fuga del mundo en que se vive, sintiendo a este como doloroso. El entramado del mundo familiar podría ser el escenario en donde se dan ciertas manifestaciones, presentándose la violencia, o el no reconocimiento por parte de los referentes adultos quienes son indiferentes para con el joven.

Con relación a este punto, un importante trabajo psíquico por parte de los padres es necesario en cuanto al reconocimiento y aceptación de la autonomía creciente de los hijos. Al decir de Le Breton (2012) este trabajo requiere que los adultos reconozcan el crecimiento, para de esta forma renunciar a ese poder de omnipotencia ejercido hasta el momento. Dicho acontecimiento permitirá en los adolescentes, su construcción como sujetos. Al mismo tiempo, en los procesos vinculares durante el desarrollo de esta etapa evolutiva podrían tener lugar actitudes de autosuficiencia, así como el intento de transgredir reglas y desafiar a la autoridad.

Según el autor citado anteriormente, en varias ocasiones dichas actitudes actúan como recursos defensivos frente a la búsqueda de identidad, que de alguna forma expone al adolescente frente a los demás, al momento de mostrarse en sociedad ahora desde otro rol muy diferente que el infante.

En relación a la alteridad y lo que significa la apertura hacia el discurso social adolescente, se pone en juego allí una dinámica en cuanto al encuentro y al desencuentro con los otros, esto le permite neutralizar los efectos que genera la autorreferencia narcisista y a su vez poner en juego la confirmación o transformación de sus determinaciones y contingencias. Según Hornstein (2008) son estos momentos de alteridad y experiencias los que llevan al reconocimiento de un “otro”, como diferente de sí y con sus propias singularidades.

Como resultado del restablecimiento de la intimidad física y psíquica, se adquiere la posibilidad de comunicar estados emocionales hacia el mencionado exterior. Pero la relación con otro no es solo de intercambio, sino que puede revelar una otredad inquietante debido a que también es un momento en donde la personalidad y el estado de autonomía del sujeto son inestables debido al pleno desarrollo vivido. Esto sin duda genera un elevado sentimiento angustia propio de esta etapa.

A los efectos de la búsqueda relacionada a justificar su existencia de algún modo, al mismo tiempo que el adolescente vive una relación de alteridad, surgen diversos síntomas que luego se evidencian desde el ámbito clínico en posibles motivos de consulta: juegos peligrosos, violencia física, velocidad al conducir, delincuencia, intentos de autoeliminación, consumo excesivo de drogas y alcohol. En cuanto a este último, se presenta como un factor muy presente en el transcurso de la adolescencia, y hoy día es sabido que el consumo es cada vez más precoz. Según el informe especial sobre el Consumo de alcohol en Uruguay realizado por el Observatorio Uruguayo de Drogas (2019) el consumo de alcohol se inicia a una edad promedio de 16.8 años. A su vez, la edad de inicio de la generación más joven se ubica en los 14 años y se espera en un mediano plazo que exista una tendencia descendente en la edad promedio de inicio del consumo en general.

Tabla 1.

Edad promedio de inicio del consumo de alcohol en Uruguay.

	Media	Desvío típico
General	16,8	4,6
Varones	16,0	3,3
Mujeres	17,6	5,5
Montevideo	16,7	4,5
Interior	16,9	4,7

Nota: Suárez, Ramírez y Keuroglan (2019) – Observatorio Uruguayo de Drogas. *Consumo de alcohol en Uruguay - Informe especial.*

Tomando en cuenta estos datos, cabe preguntarse: ¿De qué forma incide el consumo de alcohol como un factor regularmente presente, a la hora de pensar en los aspectos psicosociales del adolescente? En algunos casos el consumo como tal, se va introduciendo como un elemento de pertenencia entre los vínculo sociales, en donde la idea de compartir en grupo implicaría no quedar al “margen” de éste. En cuanto al posible significado que

adquiere el consumo para los adolescentes, quiénes en algún caso no consideran el alcohol particularmente como posible factor de riesgo-dígase el caso de un consumo excesivo y por el nivel de dependencia que pueda generarse-, se podría considerar que se lo utiliza como un recurso, como una vía de acceso que le permita sobrepasar límites y tomar impulso para desatar una acción que, bajo el efecto desinhibidor del alcohol lo torna más “poderoso” y con cierto grado de valor para enfrentar situaciones que en ausencia de la sustancia y actuando de forma solitaria, tal vez serían reflejo de fracaso y posterior frustración. En este sentido, la incidencia del alcohol se presenta entonces como una alternativa para de alguna forma colmar el sentimiento de ser alguien dentro del grupo de pares, de pertenecer.

Respecto a las conductas adictivas, Le Breton (2012) postula que particularmente los jóvenes, buscan en las sustancias modificar el estado de alerta, que las capacidades de percepción sensorial se acentúen. Esto reafirma lo citado anteriormente en cuanto a que, el consumo parecería tener en gran parte como finalidad la idea de poder dejar de lado las inhibiciones, siendo esta la forma de poder estar en un clima festivo sintiéndose parte, también el hecho de repetir la acción de los demás pares, más desde un acto de imitación que refleje no quedar al margen.

Sobre la problemática del consumo, el autor plantea que este uso de sustancias como las drogas, el alcohol, afectan de gran forma a las generaciones jóvenes, que por su parte están sobre medicadas por sufrimientos relacionados con carencias afectivas, tensiones familiares, lo que conlleva a dejar vulnerables al adolescente frente a los acontecimientos relacionados con él mismo y en relación a su entorno. Siguiendo con esta idea, gran parte de los sufrimientos adolescentes son controlados a través de una medicación para algún tipo de trastorno en algunos casos, de ansiolíticos u otras sustancias en otros, en vez de existir una modificación de las relaciones intrafamiliares, o la relación del mismo joven con el mundo.

“Al no sentirse reconocido por su entorno cercano, el joven busca un reconocimiento en otra parte: la muerte”. (Le Breton, 2012, p.76).

La adolescencia en algún punto y para algunos jóvenes, representa mantener en algún momento dado un contacto con la muerte para comprobar si la existencia vale la pena. Según el autor, existe una manipulación de la idea de la muerte, que a su vez en un acto más defensivo, es una manera de mantenerla alejada y no sentir su amenaza. Deja de ser algo temible para convertirse en una posibilidad para el conocimiento de sí mismo en la relación con el mundo. Hay allí una ambivalencia al respecto.

Si bien estos actos peligrosos pueden desencadenarse indistintamente en cualquier adolescente y bien pueden derivar en la muerte, existe una diferenciación en cuanto al nivel de exposición que tienen los adolescentes varones por un lado y las adolescentes mujeres por otro. Al respecto Le Breton (2012) plantea que los primeros pretenden demostrar los actos viriles que los caracterizan y por lo cuáles “deben” responder frente a sus pares. Este prestigio hace que el carácter de masculinidad sea más importante que perder la vida. Las manifestaciones relacionadas sobre todo a la violencia y poderío son exteriorizadas, en relación a su entorno. En cambio en las mujeres se podría pensar que existe una gran cantidad de casos, en donde el sufrimiento se interioriza. De esta forma tienen lugar diversos comportamientos vinculados a la alteración de funciones corporales, fundamentalmente los relacionados a los trastornos en los ritmos del sueño, así como digestivos y alimentarios. En relación a estos últimos, dentro de los más frecuentes se encuentran la bulimia y la anorexia. En el caso de la anorexia en particular, el autor señala que esta tiene directa relación con la problemática a nivel familiar. La adolescente intenta despegarse de la figura materna, quien se presenta como abusiva, rígida, perfecta, y exige esto mismo a la joven. Es entonces cuando se manifiesta, y no quiere seguir cumpliendo con las expectativas de su madre, de alguna manera ya no quiere ser la “niña perfecta”. Lo que busca es constituirse como sujeto, encontrarse a sí misma.

A través de dichos planteos, emerge la siguiente pregunta: ¿Desde qué lugar en la vida del adolescente, se generan los comportamientos de riesgo?

“El peligro pesa poco frente a las alteraciones del sentimiento de sí mismo”. (Le Breton, 2012, p.15)

Los jóvenes expresan conductas para las cuales muchas veces no disponen de recursos internos con los cuales enfrentar su malestar, por lo que deben exteriorizarlo a través de algún medio que se lo permita. Cuando el joven se enfrenta al desafío de ser él mismo a través de su propia autonomía, y también en la búsqueda de “la justificación de vivir”, intenta la existencia contra la muerte y de este modo darle sentido y valor a su vida. Y es así que pone en riesgo su existencia para volver a encontrar su lugar en el mundo. A raíz del sufrimiento que vive por el proceso que representa la adolescencia como etapa evolutiva, se genera dicho malestar y en cierta medida la calma en este sentido no es lo esperado, por lo cual se manifiestan diferentes síntomas que representan ciertos riesgos- conductas violentas hacia los demás y consigo mismo, conductas adictivas y de consumo, alteraciones

de funciones corporales- los cuales no logran en principio ser internalizados sobre todo desde la dimensión intrapsíquica, y por eso el padecimiento pasaría al acto.

El riesgo no es la cuestión para el adolescente, sino la incertidumbre que vive en el sentido de la identidad que no encuentra. Es ahí donde aparece el sufrimiento vivido por los adolescentes, un sufrimiento afectivo. (Le Breton, 2012).

4. Abordaje clínico: posibilidades de intervención

Considerando lo expuesto anteriormente sobre los diferentes aspectos que generan sufrimiento y bien pueden derivar o transformarse en posibles motivos para la consulta adolescente y lo que representa esta etapa vital y su contexto, es necesario focalizar en la situación clínica en sí, partiendo de la base que el trabajo con adolescentes no es tarea fácil.

Al decir de Muniz (2018) el abordaje requiere de una gran exigencia y representará un desafío constante para el Psicólogo, ya que estamos frente a una trama compleja con varios elementos que hacen a la consulta psicológica en sí. Por un lado permite un acercamiento al sufrimiento vivido, a lo difícil que es atravesar por esta etapa hoy día. En este sentido, un primer elemento y una de sus principales características: el peso que tiene en esta etapa el desarrollo madurativo, esto es la dificultad que implica el trabajo a nivel psíquico y corporal de crecimiento. Es imprescindible contemplar las exigencias que imponen los cambios psíquicos y físicos como elementos fundamentales para la comprensión en la personalidad del joven. Según Muniz (2018) otro factor a considerar son los cambios vertiginosos que se van generando a nivel global, como los avances de la tecnología, el consumismo exacerbado, nuevos modos de establecer vínculos, la inestabilidad en el mercado laboral. Dichos acontecimientos generan cambios en la producción de subjetividad, ya que el relacionamiento con el mundo de los pares y las formas de ser van cambiando.

La adolescencia se construye de acuerdo con la época y el contexto. Teniendo esto en cuenta, es necesario para llevar a cabo la intervención con los jóvenes, el análisis de los modos de producción de subjetividad que responden a las lógicas del contexto histórico, ideológico, económico y político. Hace entonces a la postura ética del profesional- siempre y para cada época- el hecho de incluir en el análisis el contexto social en el que emerge y se desarrolla el adolescente. Dicha etapa evolutiva es período privilegiado para la resignificación y la transformación novedosa de su identidad. El modo en que el adolescente transita esta etapa permite al profesional visualizar elementos profundos del sujeto, los que, si son trabajados adecuadamente, permitirán catapultar saludablemente al joven. Siguiendo con los postulados de la autora, es una etapa que habilita a la resignificación de traumas anteriores, en la que se desatan cambios a nivel estructural en todas las instancias del aparato psíquico: el reordenamiento identificador en el yo, en el superyó, incluyendo el ideal del yo y el yo ideal, acompañado de la elaboración de intensas angustias que deberán tramitar el adolescente y sus padres para posibilitar, la separación de objeto en alguna forma.

Los jóvenes salen inicialmente de la infancia para entrar a un mundo que los encuentra más desprotegidos. Allí experimentan dolor, angustias, la búsqueda de identidad y de existencia dentro del intercambio social. Esto es importante a la hora de pensar la clínica: muchos adolescentes no logran desarmar de alguna forma aquella neurosis infantil. Y para poder llevar a cabo esta acción de desarmar, es necesario lo que Hornstein (2008) llama “el trauma necesario.” Plantea que la desorganización adolescente y el momento de crisis es, en algún punto, un elemento que permitirá irse alejando del mundo infantil para entrar en una etapa de crecimiento y madurez.

Los fracasos, son uno de los acontecimientos con los cuales los adolescentes se enfrentarán más de una vez durante la etapa de crisis. Son vividos de una forma diferente a lo conocido durante etapas infantiles, donde en cierto modo el fracaso estaba identificado a un “NO”, que por cierto tendrá más que ver con la puesta de límites. Ahora, el joven podría sentirse no satisfecho por ejemplo en cuanto a su imagen corporal y así, su autoestima se refleja desde un plano más negativo. La búsqueda de la propia identidad es lo que juega allí su papel preponderante durante el desarrollo. Es así, que tienen lugar ciertos movimientos y comportamientos como salida o evitación de dichos “fracasos”, y que son propios de la etapa vital atravesada y por tanto necesarios durante el proceso. Un ejemplo de ello, es la acción de desafiar a la autoridad. De algún modo lo esperable es que pasado el tiempo en que se desarrolla la adolescencia y se va adentrando en una etapa más adulta, dichos acontecimientos permanezcan por un período de tiempo hasta que la conformación de una

identidad propia, así como la adaptación e inserción en cuanto al medio social circundante, den paso a una personalidad del sujeto que permita la madurez necesaria en cuanto al funcionamiento y relación coherente de sus planos tanto intra, como intersubjetivos y transubjetivos.

En este punto es fundamental tener la claridad necesaria en cuanto a los “tiempos adolescentes” a la hora de la práctica. Dicha claridad se basa, en no correr el riesgo de un diagnóstico apresurado, de la posibilidad única y limitante de la medicación, y por el contrario en poder detenerse en el estudio puntual del caso, tomando la posición de acompañamiento y el rol como Psicólogo a fin de lograr un entendimiento de la situación, una relación dialógica con el consultante, y en donde en esta etapa de transición se facilite el camino para llevar las situaciones a un plano más consciente y trabajar desde allí.

A propósito de lo anteriormente citado, al decir de Achard (2018) hacer diagnósticos psicopatológicos requiere especial cuidado:

Debido a la plasticidad del psiquismo en esta etapa, debemos ser muy cautos para no cerrar un diagnóstico apresuradamente. Es menester priorizar la escucha y la singularidad de cada caso y la lectura de la situación en la que se encuentran el joven y su familia. No olvidemos que el daño que puede significar el «etiquetado» es terrible para el futuro del joven, podríamos estar ocasionando un dolor aún mayor. (p.36).

En relación a las patologías en la adolescencia, Le Breton (2012) plantea que tanto los síntomas, los mecanismos de defensa como la disolución de las tensiones, no son las mismas en la edad adulta que en la juventud. Las tensiones por ejemplo desaparecen rápidamente en la adolescencia, porque hay una capacidad de olvido y resurgimiento. Es por estos motivos que realizar un diagnóstico de cierta patología en la adolescencia puede traer consecuencias, porque hay conductas, como se menciona líneas más arriba, que naturalmente están destinadas a desaparecer (confrontación, rebeldía, experimentación de consumo moderado de alcohol o alguna sustancia, conductas de riesgo, etc). Es así que nuevamente se reafirma la importancia en la intervención psicológica en cuanto el hecho de fijar cierto diagnóstico, teniendo este un carácter de “etiqueta”, lo cual puede ser contraproducente para el proceso. Es necesario entonces en este sentido, el conocimiento de los posibles factores de riesgo así como los elementos característicos durante esta etapa.

El trabajo con adolescentes es muy complejo, por lo que los profesionales deben conocer en profundidad las herramientas técnicas y las conceptualizaciones que permitan intervenir exitosamente. Según Achard (2018) algunos de los elementos que se observa al iniciar una consulta psicológica son: cuál es la demanda, qué función se espera que cumpla el Psicólogo, cuál es el motivo de consulta —tanto en el plano manifiesto como latente—, y es

oportuno agregar para el caso de los adolescentes, cuáles son los movimientos transferenciales que se generan con los padres y con el joven desde los primeros encuentros. Estos elementos, si son bien observados, no solo permitirán una adecuada comprensión del caso, sino que favorecerían al posterior trabajo terapéutico.

La familia es un elemento dentro de la intervención con adolescentes que complejizará la labor en la clínica. Es la que sostiene la constitución subjetiva del joven y habilita a la individuación, organiza el psiquismo y la que permitirá en definitiva el desarrollo de un individuo autónomo. También es quién debe sostener el proceso de consulta desde varios lugares, uno de ellos es el económico.

Cuando se recepciona una solicitud de atención de un adolescente es oportuno considerar que detrás hay un núcleo familiar que sufre; por esto el trabajo del clínico consiste no sólo en escuchar el sufrimiento del joven, sino en hacerlo en su contexto. El análisis que hace el profesional debe integrar al joven y su familia, comprender qué sucede, cómo se presenta el adolescente, cómo lo viven los padres, escuchar cómo se pone en juego el narcisismo herido de los progenitores. La decisión de con quién llevar adelante la primera entrevista siempre generará consecuencias en el curso de la intervención, este es un aspecto determinante en la práctica profesional. La presencia del joven desde el primer encuentro favorece la alianza terapéutica, ya que alejará las posibles fantasías en torno a las entrevistas de los adultos «a solas». Integrar a todos los participantes a la primera entrevista genera mejores condiciones para el futuro del trabajo psicológico. En la entrevista familiar conjunta nos interesa particularmente observar la dinámica vincular, la modalidad comunicacional, los roles, el funcionamiento de cada uno de los padres, sus expectativas, el modo de resolución de los problemas. A través de estos elementos es que también se establecerá la estrategia a seguir. (Muniz 2018)

No es menor, el hecho de que los padres también expresan una demanda, y que no necesariamente coincide con la de los hijos. Los adultos viven un momento de reflexión en cuanto a las certezas de su accionar en relación a la crianza y el relacionamiento con los adolescentes, de alguna forma son “puestos a prueba”. Esto implica un trabajo psíquico así como también desprenderse del primitivo lugar de hijo. A raíz de dichos acontecimientos y siendo una expresión inconsciente, las demandas parentales tendrían su lugar en la consulta.

Claramente los elementos técnicos y teóricos serán la base para comprender el sufrimiento que padece el núcleo familiar en su conjunto; es necesario observar cómo presentan su historia, así como poner a mayor disposición la escucha clínica para detectar cuáles son los elementos que omiten, que resaltan, sus deseos, etc. En ocasiones los conflictos entre el joven y sus adultos referentes pueden generar resistencias que dificultan la continuidad del

proceso. Un modo de abordar estos conflictos es comprender su origen, por eso la importancia de integrar a los adultos como parte del trabajo terapéutico. Este aspecto, siempre y cuando permita el espacio necesario para no perder de vista quién es el consultante, facilitará una mejor comprensión de la situación de la familia en su conjunto.

La integración de los padres entonces al proceso exige una formación específica del técnico, ya que junto con ellos se suman su propia historia, sus propios funcionamientos psíquicos, sus conflictos, sus defensas, con movimientos transferenciales particulares, que se darán con el terapeuta.

A propósito, Dio Bleichmar (2005) considera que la actitud del profesional deberá ser la de formar un equipo con los padres del adolescente ante un mismo problema. Al momento de notar la demanda parental inconsciente, el terapeuta por un lado se posiciona asumiendo dicha demanda pero parcialmente, a modo que por otro lado sabe que el objetivo de dicha acción tiene como finalidad favorecer la alianza terapéutica. Desde los aspectos aptitudinales del Psicólogo, señala el autor la importancia de conocer el vínculo de los padres con sus hijos a través de sus relatos, esclarecer si existe en los adultos una función reflexiva sobre diferentes acontecimientos y la problemática existente, siendo la clave de toda alianza durante la intervención, saber cómo es que se produce el traspaso de lo que empezó siendo relacional a lo intrasubjetivo.

Trabajar desde la unidad de la relación permite la integración en cierta forma al proceso analítico, evitando rivalidad y ataques inconscientes al mismo por parte de los padres. (Achard 2018).

Con relación al entramado que representa la situación clínica en sí, Palazzini (2001) sostiene lo siguiente:

Considero que, para el analista, la labor de pensar la adolescencia compromete una sensible articulación entre la propia vivencia adolescente, la experiencia del propio análisis y aquella que proviene del ejercicio clínico. Este último interroga de modo singular una de las posiciones clásicas del psicoanálisis, la de resignificar lo existente. En la medida que está en juego la instalación del sujeto en posiciones inéditas, una de las labores centrales del analista consistirá en ser testigo, y partícipe transferencial, de la creación de nuevas condiciones psíquicas, capaces de generar representaciones acordes. (p.3).

Dicho postulado refleja que la puesta en práctica de la actitud y aptitud del analista es fundamental a la hora de la intervención con adolescentes, a raíz de un encuadre adecuado que garantice tanto las intervenciones durante el proceso analítico así como la alianza necesaria par con el adolescente y con los adultos referentes.

Ahora bien, es necesario cuando se refiere a la integración de los padres durante el proceso de intervención así como con sus hijos, considerar las características de la alianza

terapéutica, tanto en sus posibilidades como en sus riesgos. Al respecto, Corbella y Botella (2003) refieren a esta como:

Una relación compuesta por la “relación real” y “la alianza de trabajo”. La relación real se refiere al vínculo entre cliente y terapeuta mientras que la alianza de trabajo se refiere a la capacidad de ambos para trabajar conjuntamente hacia los objetivos previstos. (p.206)

Continuando con los planteos de los autores, la teoría psicoanalítica contemporánea ha ido avanzando hacia una visión más relacional donde es de relevancia la participación y subjetividad del Psicólogo. Es así que tanto la espontaneidad como autenticidad de este, son razones para que hoy día se preste especial atención a la alianza terapéutica desde la tradición psicoanalítica. La empatía y calidez del terapeuta, su formación, centrar la actividad en el presente mismo del espacio vincular con el consultante, aceptar parte de la responsabilidad por rupturas relacionales en cuanto a determinada intervención, son algunas de las actitudes y aptitudes que favorecen la alianza. Por otro lado, tanto los consultantes como los adultos referentes en caso que así se requiera que, posean una facilidad y buen grado de relaciones interpersonales, tienen mayor posibilidad de desarrollar una buena alianza terapéutica. Ahora bien, se presentan dificultades para el logro de esta cuando hay un importante grado de eventos estresantes en las relaciones sociales y familiares, y desde un plano más intrapersonal cuando existe poca motivación, y expectativas.

Kancyper (2007) refiere a la importancia del trabajo clínico en sí, cuando se trata de los elementos en juego en la resignificación y la confrontación generacional en el adolescente. El Psicólogo debe alejarse de la idea de restituir el pasado ni de buscarlo para revivirlo, sino que ir haciendo una reconstrucción de la historia del sujeto con el objetivo de reescribirlo en una estructura diferente.

Respecto a este punto, Aulagnier (1989) expone que “poner en memoria y poner en historia” es un trabajo que permite que el tiempo pasado tenga una continuidad como existencia dentro de la organización psíquica. Considera a la adolescencia como un tiempo de tareas reorganizadoras, justamente en ese permanente proceso de construcción y reconstrucción de un pasado vivido, ya que toda experiencia vivida en el presente se une con una emoción ya experimentada en el pasado. La contención de ciertas represiones define lo recordable y lo no recordable de los objetos de la infancia. Según la autora, el trabajo fundamental en el psiquismo del adolescente es la constitución de lo reprimido. De esto se desprende la posibilidad de nuevas experiencias para este, las posibles relaciones libidinales. Es así que

la tarea de invertir el pasado y lograr un proyecto identificador, será un punto clave en la vida del individuo.

Reflexionando sobre el abordaje clínico, para el Psicólogo se presenta como dificultad la falta de contacto que existe muchas veces en el adolescente con su mundo interno, ya que mayormente sus acciones son volcadas hacia el mundo exterior sin un pensamiento más racional digamos. En este sentido, Hornstein (2008) plantea que desde un aspecto contratransferencial se corre el riesgo de no poder mantener la actitud analítica y de esta forma “correrse” hacia un lugar de “adolescentización” y también de seducción en algunos casos, lo que podría obturar el proceso analítico.

En este sentido, la labor clínica y el rol dentro de ésta es un desafío permanente. A propósito de llevar a cabo un proceso de trabajo que dé cuenta de las actitudes necesarias, es imprescindible el espacio de terapia personal. Este permitirá la distancia óptima para poder generar y evaluar por ejemplo aspectos transferenciales, así como ponerle un pie a lo vivido contratransferencialmente.

¿Qué sucede con la producción verbal de los adolescentes durante la consulta psicológica y de qué forma el profesional logra el factor dialógico entre ambos durante el proceso?

En relación a este punto, la autora plantea cuáles serían las condiciones de “palabra” que el analista puede dar al adolescente en el marco de la situación clínica. Con esto se refiere a que el psicólogo puede reconocer al adolescente como responsable de sus palabras y su discurso como tal, siendo indispensable para el análisis mantener un diálogo en una relación de yo a yo, aspecto que muchas veces fracasa en la familia y que es necesario instalarlo en el marco psicoanalítico. Este aspecto de trabajar la comunicación desde la postura de un “yo” y en donde a su vez hay un “tú” (el analista), genera en el adolescente que su Yo entre en existencia.

Aquí es oportuno detenerse y poder reflexionar en la posición del terapeuta. Para el adolescente, que el profesional represente el “tú” en esa relación, no es tarea fácil en cuanto conlleva a reconocer al analista como otro, lo cual ya es una dificultad propia de la etapa adolescente, mucho más en el marco de la clínica psicológica donde juegan ansiedades, temores e incertidumbres, entre otros factores. Por lo tanto, es necesario poner en juego las aptitudes y actitudes como profesionales, pensando en las posibilidades de la construcción del discurso en esta etapa de la vida del joven, en sus herramientas para formar pensamiento y poder poner en palabras y expresarlo a través del lenguaje. Allí es importante entonces reconocer dicho aspecto para la población con la cual se interviene, y luego poner de relieve que ese conflicto e intento del joven por “ser”, basado en la construcción y deconstrucción, se sostiene justamente en las condiciones dialógicas del análisis.

“Entender las necesidades psíquicas de un paciente no significa quedar apresados en su demanda”. (Hornstein 2008, p.240).

Esto tiene que ver con qué si bien existe la posibilidad de generar una demanda determinada a nivel latente en el consultante para luego poder evaluar, visualizar y trabajar dicho elemento, esto no quiere decir que únicamente este sea el camino por el cual se logre “resolver” una consulta/proceso analítico, ni mucho menos. Sino que es necesario poder conectar y generar el vínculo necesario. Además del aspecto vincular, tomar en cuenta el hecho que de un tiempo a esta parte la concepción de la psicología tiende a una mirada más integral, complejiza más aún el trabajo.

Sobre la intervención con adolescentes, Le Breton (2012) plantea que ciertamente las diferentes conductas de riesgo son consecuencia de un sufrimiento. Ahora, el terapeuta deberá hacerse cargo desde su rol, con el objetivo de propiciar en éste otra definición de sí mismo, procurar que vuelva a ser el sujeto de su historia y encuentre otras soluciones y posibilidades que sean menos autodestructivas en cierto punto.

Siguiendo con el planteo del autor relacionado al rol del analista, es fundamental la posición donde debe situarse, ya que es la identidad del joven lo que está en juego entre otras cosas, y este aspecto requiere de especial atención, compromiso ético y aptitud. El proceso adolescente se caracteriza por ser dinámico, por lo cual desde esta línea también se debe acompañar el proceso terapéutico. También es una etapa en donde el joven está en permanente intercambio con sus vínculos parentales y fraternos, por lo que este punto debe ser atendido por el analista y posicionarse desde un rol que permita transitar los cambios tanto del adolescente como de sus padres desde la confrontación y resignificación en las identidades.

Para algunos jóvenes el tiempo juega en contra. Los comportamientos que en principio son temporales y que son modos de supervivencia ante el sufrimiento vivido durante el proceso adolescente, así como demanda de reconocimiento, pueden estructurarse en su cotidianeidad y claramente necesitan la atención necesaria a tiempo, de lo contrario podrían presentar vulnerabilidad para cierta patología.

Ante tal suceso, desde la práctica profesional será inexorable un análisis desde lo singular como la propia historia del sujeto, y lo diverso a la vez. (Viñar, 2009).

Siguiendo esta idea, pareciera existir una carencia actualmente en cuanto a la mirada de sí, interior. Para ello considerar los aspectos biográficos de los sujetos, la historia familiar, así como la interacción sociocultural del presente, serán un punto clave en la intervención. Explorar dichos campos, nos permitirá primero conocer claramente la situación presente para luego evaluar el impacto que se genere a nivel psíquico a través de diferentes

síntomas. Cobra relevancia durante el proceso analítico la resignificación de experiencias vivenciadas en el pasado por parte del consultante, que a través de los aspectos transferenciales podrán ser depositados en el analista. Este último podrá entonces tomar estos fenómenos transferenciales como herramienta de trabajo, trabajar en transferencia con el fin de la resolución del proceso, en el sentido de que el consultante logre poner en palabras el sufrimiento vivenciado, que lo acerque a un plano más consciente.

En este sentido, la articulación de diversos marcos teóricos así como también de diferentes disciplinas posibilitara la comprensión, de una manera más integral, en relación a los elementos y complejidades que hacen al joven de hoy. Del mismo modo, la actualización en cuanto a la comunicación y la tecnología, será necesaria para lograr un acompañamiento en cuanto a los tiempos vividos hoy día. De lo contrario, se podría correr el riesgo de quedar estancados en épocas anteriores, donde en la mayor parte de los casos, las complejidades y demandas eran diferentes

5. Consideraciones finales

Llegado el momento de concluir el recorrido realizado por las diferentes exposiciones teóricas del presente trabajo, se ha logrado una aproximación en cuanto a lo que representa el abordaje desde la clínica con adolescentes y los diferentes motivos por los cuales estos llegan a la consulta Psicológica.

La adolescencia representa hoy día una etapa clave, sino la más importante, en la vida de los individuos. Tal es así, que su complejidad en cuanto al estudio del comportamiento en los adolescentes, el funcionamiento y formación del psiquismo en relación al sujeto mismo y su habilidad de adaptación con el medio social, refleja una constante capacidad reflexiva y exige un arduo trabajo para el Psicólogo.

Si bien es cierto que los adolescentes han tenido una gran incidencia en los procesos y cambios sociales, prueba de ello son movimientos revolucionarios, el uso de la tecnología avanzada en ese sentido, también es notorio que son hoy un foco de atención para la sociedad. Estudiados desde distintos saberes —ámbito psi, medicina, sociología, educación, por nombrar solo algunos— y por diversos motivos —la idealización de la juventud, el combate contra el joven «delincuente», etc—, generan cierta fascinación que los ha vuelto una preocupación creciente para el mundo. Como profesionales también hace al ejercicio el cuestionar algunas posiciones, o por lo menos reflexionar sobre estas, que responden a los

discursos sociales y culturales imperantes que estigmatizan la adolescencia a la luz de las modalidades adultas.

De alguna forma los adolescentes observan el mundo que los adultos les están legando hoy día, e intuyen que debe haber una forma de hacerlo mejor. A raíz de las características ya nombradas y que son propias de esta edad, seguramente no saben qué debe hacerse exactamente, por lo menos no lo observan con la claridad necesaria. Y las formas que van encontrando tiene que ver con las lógicas de su tiempo pero también con la urgencia de un cambio.

En este sentido, hay algunas características que, en general, comparten los adolescentes de hoy y los diferencian de generaciones anteriores. La búsqueda de libertades, el alto nivel de exposición social, así como la preocupación por el futuro, parecen ser carriles marcados por donde transitan.

Dicho esto parece fácil deducir que la experimentación domina una parte de la relación con el mundo. Y la estimación de sí mismo ya no se nutre por ejemplo en el reflejo de los adultos referentes, sino en el de los pares. Es aquí que se presenta una grieta por la cual se “introducen” diferentes conductas de riesgo, siendo éstas un síntoma justamente del desprendimiento identificatorio de las figuras parentales, de un intento de individuación. En relación a estas conductas, existe una complejidad a la hora de abordarlas en cuanto a que, será necesario poder diferenciar su condición más “natural” y de tránsito en cuanto a todo el desarrollo durante el proceso adolescente, o la posibilidad de un carácter más estructurado en la personalidad. Lo cierto es que estas conductas responden a un vacío y sufrimiento relacionado a la búsqueda de identidad y existencia. En este sentido, tiene lugar la inestabilidad afectiva, a la cual Hornstein (2008) hace referencia. Este fenómeno refleja en gran medida las problemáticas por las cuales los adolescentes llegan a consulta. De esta forma cuando se piensa en la intervención, es preciso advertir que cuando se vive una experiencia desde lo transferencial con el otro, lo que pone en juego es la subjetividad, el estado emocional así como también los miedos. Por tanto es un espacio en donde puede depositar expectativas e incertidumbres, cuestionarse cómo serán las reacciones del terapeuta y cuál será su proceder. Allí se manifiesta algo del deber ser y lo pulsional, esa encrucijada entre aspectos super yoicos y el ello, contactando con una realidad y con un prójimo.

Al mismo tiempo, esta intensa búsqueda tiene que ver con la diferenciación e implica una separación en cuanto a los objetos de la infancia. Tanto esa consolidación como la diferenciación, hacen a la integración y el relacionamiento de los adolescentes dentro de la masa colectiva. Este doble movimiento si se quiere, irrumpe en la vida del joven sin estar éste preparado. No existe alguna experiencia previa parecida, ya que durante la infancia se

logra generalmente, pero no en todos los casos, cierta estabilidad desde lo psíquico; dicho acontecimiento se genera en parte por la contención y sostén de los referentes dentro de la familia. Estos son aspectos que caracterizan el desarrollo adolescente y que repercuten, a veces en forma de síntomas esperables y necesarios, para la construcción de subjetividad en el joven.

A través de dichos postulados y como respuesta a la principal hipótesis del presente sobre las diferentes complejidades que implica la etapa evolutiva en cuestión respecto a la subjetividad y el establecimiento de la propia identidad, a su vez que todos los fenómenos implicados requieren especial atención y capacidad para el abordaje clínico debido a sus características, se concluye que el fenómeno adolescencia es una concepción biológica, psíquica y social que varía según la época, la cultura y las tensiones generacionales de los individuos. Cada sociedad genera entonces, según el momento histórico y su contexto, diferentes adolescencias. Al respecto son ocurrentes las palabras de Viñar (2009), quién propone que “cada ciudadano sea-o intente ser- semiólogo o antropólogo de la época y lugar que le toca vivir”. (p.9). Dicho planteo invita al siguiente cuestionamiento: ¿se tiene un conocimiento total de la adolescencia tomando a ésta como saber único, inamovible y estanco? ¿Hasta qué punto es conveniente cuantificar y clasificar ciertos conceptos de la adolescencia teniendo en cuenta que los procesos de cambio se dan de forma constante? Estas interrogantes podrían hasta tener un carácter retórico si se quiere, en el sentido que es necesario un arduo trabajo de investigación y actualización permanente para abordar la temática. Así parece condición sine qua non el hecho de tener en cuenta y no desatender los cambios de paradigmas, ni tampoco las nuevas tecnologías y estímulos, que modifican la subjetividad de los sujetos en relación a los factores que hacen a la adolescencia como tal y podrían ser posibles motivos de consulta. Desde este lugar, se presenta un constante y sobre todo interesante desafío, en cuanto a lo que implica llevar a cabo la práctica con adolescentes.

Si bien es cierto que esta se concibe desde el establecimiento de una relación interpersonal entre el consultante y el terapeuta, altamente riesgoso sería pensar en ella simplemente como una relación de estas características. La tarea y parte del rol del Psicólogo en estos casos, es trabajar con el adolescente y con sus padres estableciendo alianzas de trabajo. Según Kancyper (2007) este debería funcionar en la realidad intersubjetiva como un aliado transitorio, pero no como cómplice, tanto del adolescente como de sus padres. Este aspecto posibilitará entre otras cuestiones, reconstruir la historia del consultante con el objetivo de reescribirla en una estructura diferente, sobre todo a través de la resignificación y la confrontación generacional en el adolescente.

Por ello, la importancia en cuanto a no perder de vista el objetivo para las diferentes situaciones clínicas, poder identificar el sufrimiento particular, dimensionar el aspecto singular de cada caso; también como profesionales poder distanciarse de una posición totalizadora en cuanto al saber y conocimiento, y asumir el compromiso de un proceso dialógico en doble dirección, en donde existe una construcción con el otro, una transformación en él, a la vez que la construcción y transformación propia es inminente. Así, la labor como Psicólogos debe ser puesta en práctica desde la *responsabilidad*.

Esta última, implica la actitud y aptitud necesaria en relación a un “otro” consultante. Poder conectar desde un aspecto de empatía. Un intercambio responsable y respetuoso, en donde poder construir el para qué, el por qué y el cómo se lleva a cabo la tarea, con la singularidad del caso referente. Hay en cierta forma una necesidad de conexión con el sufrimiento reinante, para luego sí poder implementar un ojo clínico que permita la distancia óptima para el análisis.

A raíz de esta responsabilidad en lo amplio del concepto, y del posicionamiento ético del Rol, es que el Psicólogo tiene la posibilidad de desentrañar los conflictos que afectan a nivel psíquico, afectivo y relacional del adolescente. Ahora bien, ¿Qué pasará en el futuro con las conductas de riesgo? ¿Se verán modificadas o seguirán patrones similares de comportamiento? La comunicación y la tecnología: ¿serán un elemento que acompañen a los cambios sociales o las sociedades seguirán siendo influenciadas y modificadas a través de estos fenómenos? Si en general, se vive en una cultura caracterizada por cambios acelerados y vertiginosos en donde además existe un acortamiento en cuanto a las brechas generacionales: ¿qué sucederá con los límites que comienzan a desdibujarse en la actualidad, entre la adolescencia y la adultez? Responder estas interrogantes será parte del desafío constante.

Lo que pareciera una condición necesaria para poder llevar a cabo una tarea profesional que dieran cuenta de estos y otros tantos factores, es el hecho de trabajar con estas incertidumbres, reconocer a un otro en donde poder pensar y pensar(se), construir y construir(se). Y por sobre todo, poner en práctica el poder artístico de la disciplina, entendiendo a la función de esta como “ayudar a mirar”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aberastury, A. y Knobel, M.(1985). La adolescencia normal. Buenos Aires: Paidós

Aulagnier, P (1989). Construir(se) un pasado. Publicado en Journal de la Psychoanalyse de l'enfant. N° 7. Francia.

Título original: L'apprenti-historien et le maitre-sorcier.
<https://es.scribd.com/document/155997423/01-Aulagnier-1989-Construirse-Pasado>

Corbela, S y Botella, L (2003). La alianza terapéutica: historia, investigación y evaluación. Anales de Psicología, vol 19 n° 2; Barcelona: Universidad Ramon Llull.

Dio Bleichmar, E (2005). Manual de psicoterapia de la relación de padres e hijos. Barcelona: Ediciones Paidós

Hornstein, M.Cristina (2008). Adolescencias: Trayectorias turbulentas. Buenos Aires: Paidós.

Kancyper,L. (2007). Adolescencia: el fin de la ingenuidad. Buenos Aires: Lumen

Le Breton,D. (2012). La edad solitaria: Adolescencia y sufrimiento. Chile: LOM Ediciones.

Meltzer, D (1967). El proceso psicoanalítico. Londres: Karnac Books

Muniz, A (2018). (p.33-36). En: Achard (2018). *Intervenciones en psicología clínica. Herramientas para la evaluación y el diagnóstico*. Montevideo: Comisión Sectorial de enseñanza, UDELAR.

Obiols,G y Di Segni, S. (2008). *Adolescencia, Posmodernidad y Escuela*. Buenos Aires: Noveduc.

OMS (2019). Desarrollo en la adolescencia: Un periodo de transición de crucial importancia. Recuperado de:
https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/

Palazzini, L (2001). Espacialidad psíquica en la adolescencia. Proceso y transición. *Psicoanálisis de adolescentes: Memoria y vacío. Avatares de la subjetivación. Ateneo de Estudios Psicoanalíticos*. Rosario, Argentina.

Suárez, Ramírez y Keuroglan (2019) – Observatorio Uruguayo de Drogas. *Consumo de alcohol en Uruguay - Informe especial*. Montevideo, Uruguay: Edita: Junta Nacional de Drogas (JND).

Viñar, M (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Uruguay: Ediciones Trilce,

Zermoglio,C (2013). El síndrome de adolescencia normal. *Revista Actualidad Psicológica* (2013).